



III CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATO CORTO

ACCÉSIT (SEGUNDO PUESTO)

5 de Febrero de 2023

EL ANDÉN

Autor: Manel Barjacoba Benassar

(Houston, Texas)

Había llegado pronto. Se sentó en un banco metálico a esperar. Lo sintió frío, pero le gustó esa sensación. Desde su asiento, observó la pantalla que indicaba todos los trayectos de la mañana, pero el suyo todavía no aparecía. Pasó los minutos con la mirada puesta en aquellos viajeros que iban y venían, y por un momento, quiso comprender sus historias. En su cabeza, tuvo la seguridad que el hombre mayor que apenas podía empujar el carrito con sus maletas iba a pasar sus últimos años a una zona costera. Un poco más a la derecha, dos jóvenes sonreían mientras se empujaban tímidamente, como si aquello que hubiera dicho la otra estuviera totalmente fuera de lugar. No supo muy bien por qué, pero se contagió de su energía y no pudo evitar mostrar una tímida sonrisa. Duró poco. Un grupo de personas uniformadas parecían algo nerviosas y revisaban pantallas y billetes con rostro serio. Hablaban un idioma que no supo identificar. Lo analizó un instante y decidió que eran empresarios que viajaban para cerrar una venta o contrato importante.

Le llamó especialmente la atención el caminar firme de una pasajera. Había aparecido al final del andén y sin variar su dirección caminaba directamente en línea recta hacia el vagón número siete. Las puertas estaban abiertas y subió sin dilación. A través del cristal de la ventana, se la veía dirigirse serena a uno de los asientos laterales. Sintió envidia. La seguridad de aquella mujer, el saber cuál era el siguiente paso, tener las cosas tan claras. La observó con celos nostálgicos por el pasado que pudo ser y no quiso. Se había equivocado tantas veces en la vida, especialmente en los últimos años, que por una vez quería hacer las cosas bien. Quería tener la determinación de aquella pasajera, tomar una decisión y sentirse cómodo, seguro, ilusionado. Hacia tanto tiempo



que no sentía ilusión alguna. Tras observar a rostros desconocidos interactuar ante él y tras haber inventado historias plausibles para cada uno de ellos, no pudo evitar volver a ese lugar al que tantas veces acudía sin quererlo. Su propia historia. Revivió escenas del pasado que le acompañaban diariamente. Eran una losa, un remordimiento, un “lo podría haber hecho mejor”. Entrelazó los dedos de ambas manos y agachó la cabeza. Rápidamente le vino a la mente esa última conversación en persona. Trató de dibujar el encuentro con la mayor fidelidad posible, pero el tiempo había distorsionado ya ese recuerdo. Le resultaba difícil encajar las palabras, los momentos o incluso recordar los gestos. El celuloide que guardaba los fotogramas de ese instante se había deteriorado y en su cabeza ya solo se proyectaba una memoria desdibujada. Horas y horas de visionado le habían llevado a cubrir aquellos huecos de impresiones y gestos ambiguos a los que no había dado importancia con supuestos que pudieran encajar en su narrativa. Le costaba revivir la escena y reconocerse en ella. Sin embargo, había algo que relucía vivamente en el recuerdo y no presentaba confusión alguna, el sentimiento intenso de tristeza. En aquel momento, nunca hubiera imaginado que aquella iba a ser la última conversación. De haberlo sabido, habría tratado de vivir aquel instante con más intensidad, centrarse en aquello que de verdad importa.

Sintió rabia al cerciorarse de que recordaba mejor las banalidades del día a día en su apartamento que aquellos momentos que había compartido años atrás junto a sus seres queridos. El goteo pausado pero incesante de la ducha, el chirrío de la ventana al abrirse o el traqueteo de las ratas correteando por el falso techo de su habitación eran mucho más claros que los abrazos que había dado antes de mudarse a otra ciudad. Había salido en busca de inspiración, de nuevos paisajes, de olores y sonidos, de rostros y vivencias, de futuros recuerdos. La dura realidad le había mostrado que haberse alejado, que no haber enviado ninguna carta, haber dado por supuesto que aquellos que estuvieron seguirían estando, aunque él se hubiera convertido en un fantasma, había sido un error.

Con la cabeza agachada sintió por fin algo de alivio. Se había dado cuenta de que estaba a tiempo de volver a comenzar y tratar de evitar caer en los errores del pasado. Como aquellos pasajeros que iban y venían cargados de ilusiones, este viaje era el empujón que le faltaba para sentirse confiado y seguro de que podía comenzar su vida de nuevo, sin errores. Pensó en visitar a su hermana al llegar, en dedicar horas a sentarse a la mesa junto a sus amigos y escuchar. Pensó en volver a pasear por su barrio, y fijarse en los detalles que ya había olvidado. Le ilusionó volver a sentir el tacto de la piel en un abrazo. Estar allí para los demás, ser parte.

Se había equivocado tantas veces en la vida que no pudo evitar sentir un gozo inmenso al saber que por fin había tomado la decisión correcta. Se sintió seguro, confiado de dejar aquel maldito lugar y volver al lugar que le definía. Le había llevado tiempo dar el paso, al fin y al cabo, era aceptar una derrota y saber que aquello en lo que había creído ciegamente había tenido un resultado que no era el esperado. Sonrió.

Levantó la cabeza hacia la pantalla para encontrar la información de su tren. Observó con atención el nombre de todos los trayectos, pero no pudo encontrar el suyo. Miró su

CASA DE ESPAÑA EN SAN ANTONIO

P.O. Box 690523

San Antonio, TX 78269



reloj, extrañado. Ya debería aparecer el andén al que debía dirigirse. Revisó el billete que había comprado meses atrás. Su mano izquierda apretó el billete con fuerza. Había confundido el mes con el día. En ese momento supo que de nuevo se había vuelto a equivocar. Su tren había salido cuatro semanas atrás.